

DOMINGO I DE CUARESMA, CICLO C

NO TENTERÁS AL SEÑOR TU DIOS

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Deuteronomio 26, 4-10; Romanos 10,8-13; Lucas 4, 1-13



1. La cuaresma del Año de la Misericordia ha comenzado ya. Este tiempo de gracia, tiempo fuerte en la Liturgia de la Iglesia, ha llegado casi sin esperarlo. Un año más, volvemos a recordar que la cuaresma, tiempo de penitencia, de purificación, de conversión, es camino de preparación para la Pascua. En estos días, cuarenta días, estamos invitados a arrepentirnos de nuestros pecados, a cambiar de actitudes y

de modos de actuar, y a experimentar la misericordia de nuestro Padre Dios.

En los días que median entre el miércoles de ceniza y el Domingo de Ramos, nuestro esfuerzo ha de ir encaminado a recuperar el ritmo y el estilo de los verdaderos creyentes, de los auténticos seguidores de Cristo, de los buenos hijos de Dios, de los nuevos evangelizadores en el Año de la Misericordia. La Iglesia nos invita a caminar hacia Cristo, dejando todo lo que de Él aparta, y cultivando, por el contrario, todo aquello que, como escuchar la Palabra de Dios, hacer oración, practicar la penitencia o realizar obras de caridad (limosna), recibir el sacramento del perdón..., nos acercan a Jesús y nos ayudan a identificarnos con Él, clavado en la cruz y resucitado al tercer día. Sólo viviremos bien la cuaresma, si morimos al pecado y a la tibieza y resucitamos a una vida de santidad y de auténtico compromiso cristiano.

2. Resumiendo las lecturas proclamadas en este primer domingo, podría decirse que son una clara llamada de Dios a vivir, en todo momento, el *al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo darás culto*, practicando la fe como creyentes concretos y como Pueblo de Dios, y rechazando todo tipo de tentación que quiera conducirnos al pecado para apartarnos de Dios o enfriar nuestra relación con Él.

Desde que se cometió el primer pecado, al perder el don de integridad, todo hombre y toda mujer son sujetos de tentaciones en su caminar hacia la vida que no termina. Y Cristo, que se hizo semejante a nosotros en todo, menos en el pecado, quiso también pasar por la prueba de la tentación, tal como hemos escuchado en el evangelio: *Jesús... era tentado por el diablo*. Cualquier tentación es una invitación a hacer el mal moral, aunque éste se presente siempre bajo la apariencia de bien, pues, como dice San Pablo, *el demonio se viste de ángel de luz*.

Cristo, sin embargo, no se dejó deslumbrar por los halagos del maligno, no se dejó engañar. Reaccionó rápidamente y rechazó las malévolas tentaciones que provenían del diablo, padre de la mentira y del mal.

3. Sea cual fuere el pecado, siempre tiene su comienzo en el interior del hombre, pero va precedido de una tentación, que proviene de las pasiones interiores desordenadas, o del ambiente corrompido que nos rodea, o del diablo, a semejanza de lo ocurrido con Jesús en el desierto. El hecho de tener tentaciones, de sentir las, aunque éstas sean persistentes, no es pecado por muy fuertes y llenas de la mayor maldad. Las tentaciones sentidas, pero no consentidas y rechazadas, sirven para decir sí al Señor, al decir no a la tentación. Sólo, cuando la tentación se consiente o acepta, el pecado invade el alma del que ha dado su libre consentimiento.

Siempre, ante las tentaciones, han de tenerse en cuenta tres cosas de no poca importancia. En primer lugar, movidos por la humildad, **nadie ha de extrañarse** de que le vengan tentaciones, aunque sean las peores, o en el momento de la vida menos esperado, o en el lugar más santo. El ser humano *está hecho de esa pasta*. Las tentaciones sólo dejarán de existir en el cielo, pero en la tierra pueden venir en cualquier situación y a cualquier persona, incluidos los santos. La segunda actitud ha de ser **estar vigilantes y hacer oración**, evitando con firmeza y prontitud el diálogo con la tentación. Con este enemigo, con el diablo y sus secuaces, no se dialoga nunca. El tentado en el desierto, Jesús de Nazaret, nos invitó a vigilar y orar: *vigilad y orad para no caer en la tentación*. También nos animó a pedir: *no nos dejes caer en la tentación*. El paso final de este proceso ha de ser **rechazar la tentación siempre**, porque la tentación siempre es un engaño y un mal, *“un gol que nos quieren meter”*: es de capital importancia mantener una lucha fuerte y constante en contra de todo lo que quiera apartarnos de Dios, aunque nos quedemos solos en esa lucha, que nunca nos quedaremos, porque Dios está siempre luchando a nuestro lado y, con Él, *todo lo puedo en aquel que me conforta*, en expresión de San Pablo

4. Ciertamente somos tentados, ciertamente somos pecadores, pero no por eso hemos de perder el ánimo, o vivir un tanto obsesionados. La Iglesia, al hacernos meditar el pasaje evangélico de las tentaciones, *“nos recuerda que, en tiempo de cuaresma, en el que nos reconocemos pecadores, llenos de miserias, necesitados de purificación, también cabe la alegría. Porque la cuaresma es simultáneamente tiempo de fortaleza y de gozo: hemos de llenarnos de aliento ya que la gracia del Señor no nos faltará, porque Dios estará a nuestro lado y enviará a sus Ángeles, para que sean nuestros compañeros de viaje”* (San Josemaría). Alegría, serenidad, confianza en el Señor y lucha filial por cumplir del todo la voluntad de nuestro Padre Dios, rechazando cualquier tentación.

5. A la Virgen, Madre de nosotros tentados y pecadores, encomendamos la lucha ascética de la cuaresma del Año de la fe, para que haya una auténtica conversión en nosotros, que la imploramos como Madre de misericordia.